

# EL PROFESOR MARTINEZ SANTA-OLALLA

Un arqueólogo enamorado de Valencia.—Algo de su vida y de su obra

La mejor manera de conocer a una persona es trabajar con ella. Trabajar día a día, hora a hora, con lluvia, con sol, con nieve o con el ventilador en marcha. En las aulas universitarias o en el pequeño despacho de la vieja Facultad de Letras valenciana, lleno de incomodidades, lóbrego y frío como una buhardilla —«mi cuchitril», lo llamaría él—, o en el confortable despacho del Instituto Arqueológico del parque de la Fuente del Berro, en Madrid, alfombradas las paredes de libros y tapizado el suelo de linóleo. En una excavación arqueológica en las montañas santanderinas, como la de la cueva de El Pendo, con la impaciencia de la búsqueda de piezas, o en el Museo Arqueológico Municipal madrileño, clasificando pacientemente las mismas piezas. Y así, en escenarios distintos, con climas diferentes, en puntos diversos de la geografía peninsular, en momentos de euforia y de desaliento, hemos convivido con el profesor Martínez Santa-Olalla, trabajando ilusionadamente en la vocación común, en la que él era el mejor maestro y nosotros el último discípulo.

El profesor Santa-Olalla, poseedor de tantos títulos académicos, condecoraciones y dignidades, sólo quería que le llamasen «don Julio» o «profesor». Evitaba el título de «doctor», se lo hizo suprimir en la puerta de su despacho en la Facultad, no lo daba jamás a sus amigos, sólo lo anteponeía ante el apellido de quienes no disfrutaban de su afecto y amistad.

El profesor Santa-Olalla era extraordinariamente conocido y admirado en el extranjero, y dentro y fuera de España se le considera una de las autoridades en la prehistoria mundial. Ha dejado numerosos amigos y enemigos, unos y otros exaltados en sus sentimientos de amistad y resentimiento.

El profesor Santa-Olalla, tan conocido por su ciencia y tan discutido por sus actitudes, era un hombre extraordinario, tan extraordinario como incomprendido. Tenía una inteligencia y una riqueza de ciencia tan fuera de lo común que sorprendía, que acomplejaba, tanto a quienes se le acercaban, que les costaba trabajo descubrir su extraordinario corazón, férreamente fiel a la amistad y a la gratitud, y, traicionado por ese corazón excesivamente afectivo, al que él había tenido frenado disimulando ese caudal de nobles sentimientos, le sobrevino la muerte.

Un mes de febrero —el de 1958—, el profesor Martínez Santa-Olalla se incorporó a la Universidad de Valencia como catedrático de Etnología y Prehistoria. Catorce años después —febrero de 1972—, en su cátedra de Historia del Arte de la Universidad de Ma-

drid, ante sus propios discípulos, le fallaría ese maltratado corazón, tan grande como su inteligencia, como su ciencia y como su persona.

Recordando al maestro y llorando al amigo, queremos revivir algunas jornadas y algunos trabajos suyos poco conocidos.

En 1959 vivió el profesor Martínez Santa-Olalla una de sus mayores alegrías: fueron encontrados en Madrid, en plena civilización, los restos, casi intactos, de un elefante de los que hace más de cien mil años se paseaban por las orillas del Manzanares. El profesor Santa-Olalla se quedó sobrecogido por el hallazgo. Los trabajos de excavación, dirigidos por él, fueron de una minuciosidad, perfección y precisión asombrosas.

Madrid —solía decirnos el profesor Martínez Santa-Olalla a sus colaboradores— puede parecer el paraíso de los elefantes españoles, aunque, posiblemente, no existieron más que en otro lugar; pero al tratarse de una formación cuaternaria clásica, de una ciudad grande en crisis de crecimiento, en que no queda suelo sin destruir, aparecen elefantes desde hace casi un siglo.

El descubrimiento lo hizo la casualidad. Se extrañan en aquel lugar arenas y gravas para edificaciones. Los bloques de margas formaban una especie de olla, y a unos cuatro metros de profundidad estaba el elefante, con una de sus defensas hincadas en el fondo. Arrastrado por las aguas, ya esqueleto, probablemente, sería atenuado en ese lugar por un remolino.

El profesor Santa-Olalla calculaba que habrían transcurrido unos cien mil años desde que el cráneo de este elefante —cariñosamente llamado *La Nena* entre los arqueólogos del grupo de Santa-Olalla— naufragase en una poza del Manzanares.

La excavación, como toda labor realizada por el Instituto Arqueológico del Ayuntamiento de Madrid, del que el profesor Martínez Santa-Olalla fue director vitalicio y honorario —y del que nosotros fuimos, a propuesta suya, subdirector—, fue meticulosa. Conocida la noticia del hallazgo, y tras la visita al lugar del suceso del entonces alcalde de Madrid, conde de Mayalde; del ministro de la Vivienda, que lo era en aquella época don José Luis de Arrese, y de don Julio Martínez Santa-Olalla, se planteó, por primera vez en la historia del cuaternario español, la excavación rigurosamente científica de unos restos fósiles de calidad y conservación insuperadas.

A poco más de un centenar de metros de la carretera de Madrid a Cádiz, en la terraza alta del Man-

zanares, con formación geológica escasa, no había más restos que los de los cementerios viejos, el barrio de Usera y Pradolongo, además de este lugar, situado en el distrito de Orcasitas.

El elefante, por el tamaño de los restos encontrados, debería de tener en vida una altura aproximada de cinco metros, esto es, unos dos metros más que los elefantes actuales. Sus defensas —lo que vulgarmente llaman colmillos— alcanzaban la sorprendente longitud de casi tres metros.

El método empleado en los trabajos de recuperación fue no limitarse a tener a la vista la estratigrafía sobre el objetivo de la excavación, sino que, como se hace normalmente fuera de España, mediante un diedro, que completaba el rectángulo, se puso al descubierto la estratigrafía cuaternaria subyacente al elefante, de forma que pudiese ser consultada, sin titeos, en cualquier momento.

Para conservar en perfecto estado la estratigrafía, se hizo un «perfil de laca», con una materia especial traída desde La Haya, a través de nuestro embajador, que lo era entonces el Excmo. Sr. Duque de Baena.

Junto a los huesos se encontraron utensilios y restos de industria lítica cuaternaria en muy escaso número. Sólo dos piezas atípicas, pero lo suficientemente claras como para fijar fecha. Junto al cráneo había una lasca, y en el banco de margas, debajo del elefante, a dos metros y medio aproximadamente de los mofares, se encontró otra lasca que confirmó la cronología.

La idea de hacer esa zanja que permitiese tener delante, en todo momento, los distintos niveles inferiores y superiores, fue idea de don Bernardo Sáez Martín, que era quien llevaba la disposición general del trabajo y que fue, años después, jefe de los trabajos de campo y laboratorio del Instituto Arqueológico Municipal de Madrid, cuando nosotros ocupábamos la subdirección del mismo.

La excavación del elefante de Orcasitas introdujo, además de las dichas, otra novedad: por primera vez en España se empleó en yacimientos cuaternarios al aire libre la radiación ultravioleta para la determinación de estratos, método que revela detalles ocultos a simple vista y vedados hasta a las más fieles fotografías; así como los perfiles de laca, introducidos en España por el Seminario de Historia Primitiva, del que era fundador y director don Julio Martínez Santa-Olalla.

Era admirable en el maestro no sólo el dominio de su especialidad, en la que era figura cumbre, sino su extraordinaria cultura. Políglota. Infatigable viajero, solía decir: «Desde Finlandia hasta el Ecuador, en Africa, lo he recorrido todo.»

Una vez, en Smara, estuvo a punto de perecer de sed en el desierto; los pozos estaban cegados; el agua que llevaban, podrida, con sapos negros, y para beberla tenían que cerrar los ojos y taparse la nariz. Los nativos que le acompañaban lloraban de desesperación, mientras el profesor Martínez Santa-Olalla fin-

gía una animación tranquilizadora, dando ejemplo, como jefe del grupo, a todos sus colaboradores. Y, al fin, encontraron agua en unas montañas, y se tiraron al suelo a beber desesperadamente, a la vez que los camellos. Esta aventura terminó yendo un avión a recogerlos.

El profesor Santa-Olalla asistió a numerosas excavaciones en yacimientos europeos y africanos y siguió la huella de los visigodos por todo el mapa de Europa.



El profesor Martínez Santa-Olalla, en una visita artística

Estudió, por primera vez, arqueológica y etnológicamente Marruecos, Sahara, Ifni y Guinea. Siendo obra suya y de su Seminario de Historia Primitiva la nueva periodización y la concepción histórica con una base difusionista de la historia primitiva española, así como la revisión de fechas de la Historia de España, en armonía con lo realizado para el mundo mediterráneo por Childe y, con carácter universal, por Pia Laviosa-Zambotti.

Entre los numerosos trabajos publicados por el maestro Santa-Olalla destaca, como obra cumbre, el *Esquema Paleontológico de la Península Hispánica*, publicada su primera edición en Madrid en 1941. Haciéndose en 1946 una segunda edición, que se agotó tan rápidamente como la anterior.

De entre sus publicaciones sólo citaremos, por su trascendencia, *Orígenes anatolioegeos y orientales del Bronce mediterráneo hispánico*, escrita en colaboración con el señor Sáez Martín. Y por la originalidad de sus temas y el primor de su trabajo, no queremos silenciar *La trepanación prehistórica en España y Portugal y Aviación y Arqueología*, sobre cuyo tema, antes de la publicación del folleto, pronunció el competente catedrático una conferencia organizada por el Ministerio del Aire, en el salón de actos del Ministerio de Marina, el 18 de febrero de 1942, presentando los resultados, en numerosas proyecciones, de la experiencia extranjera y la suya personal. Sobre este mismo tema pronunció unas interesantísimas conferencias en distintos puntos de la Península, Canarias,

Marruecos, Alemania, Portugal y Senegal, dando a conocer los resultados obtenidos con esa nueva técnica de la fotografía aérea, coadyuvante a las excavaciones arqueológicas.

En una entrevista que le hicimos en el diario *Levante*, después de su toma de posesión de la cátedra valenciana, nos dijo textualmente el ilustre profesor: «Mi alegría es extraordinaria al vincularme a una Universidad de la que han salido muchos de mis discípulos y, desde luego, el mejor...» Al hacer esta afirmación quiso referirse al profesor San Valero, que ha sido y es su discípulo más fiel.

El profesor Santa-Olalla nació burgalés, pero los últimos años de su vida se sintió un poco valenciano. Le gustaba nuestra tierra, nuestro clima, nuestras co-

midas, nuestras playas, nuestros frutos. Catedrático en Madrid, siempre que su quehacer universitario se lo permitía, venía a Valencia, a la que tanto añoró después de ganar por concurso su plaza de Madrid. Precisamente sus años de Valencia le reafirmaron en la otra faceta de su cátedra titular, la historia del arte, en la que, como la arqueología, fue también y siempre un consumado y sagaz maestro.

La última vez que vino fue una semana antes de morir. Él quería a Valencia y en Valencia lo queríamos a él. Él no se olvidaba de Valencia ni de su arte, que tanto conocía y admiraba, y Valencia no debe olvidarlo.

MARÍA FRANCISCA OLMEDO DE CERDÁ